

ÁNGEL GUTIÉRREZ Y DAVID ZURDO

La torre prohibida

minotauro

...Apenas había amanecido, aunque ya hacía calor. Los postes de teléfono iban pasando frente a la ventanilla con una cadencia regular, conforme el automóvil avanzaba por aquella carretera perdida de la mano de Dios. Al fondo, los campos se empequeñecían hasta la línea del horizonte. El hombre que viajaba en el asiento trasero tenía desde hacía rato la mirada perdida en ellos. El espacio entre cada dos postes era como el fotograma de una película: un pedazo enmarcado de paisaje en un mundo desdibujado y vacío.

Pero nada estaba más vacío que la mente del pasajero, un hombre de treinta y tantos, con ensortijado pelo rubio oscuro, mandíbula afilada y ojos azules y profundos. Sólo recordaba haberse despertado en una cama de hospital. Los médicos le dijeron que sus heridas habían sido muy graves y que tenía suerte de seguir con vida. Era normal que, en una situación tan traumática, padeciera una pérdida de memoria —una pérdida absoluta—, aunque probablemente la iría recobrando con el tiempo. Claro que, eso no podía asegurarse con certeza...

El conductor lo miró a través del espejo retrovisor. Lo hacía cada par de minutos. Y siempre recibía el reflejo de un rostro neutro. *Cara de nada*. Una triste *cara de nada*.

—Ya falta poco —dijo al rostro inexpresivo.

—¿Qué...?

El hombre desvió la vista del horizonte y la dirigió al conductor. Había oído lo que le había dicho, pero tardó unos segundos en procesarlo.

—Gracias —contestó antes de que se lo repitiera.

Ni siquiera cuando habló su expresión se hizo más viva. Sus ojos regresaron de inmediato al paisaje. A un bosque lejano en el que se perdieron sin el menor esfuerzo.

La carretera describía una amplia curva, bordeando los campos hacia un valle y adentrándose en el nacimiento de ese bosque. La abandonaron unos quince kilómetros después por un camino apenas visible. Ningún cartel decía adónde llevaba. Al fin del mundo, probablemente, oculto en lo más hondo de aquella floresta, densa como una selva. Atravesaron un puente que salvaba el cauce de un río y, un poco más adelante, el conductor aminoró para tomar un camino de grava. El piso había quedado desnivelado por las últimas lluvias y el coche fue balanceándose y dando pequeños saltos. No muy lejos, se detuvo frente a una verja metálica.

Pasaron varios minutos sin que nada ocurriera.

Y entonces empezó a oírse un zumbido. Muy leve, al principio. El pasajero no lo notó hasta que se hizo más intenso. Al inicio se asemejaba al ruido de fondo de una radio mal sintonizada. Pero ya no. Ahora parecía algo... vivo.

—¿Qué es eso? —le preguntó al conductor.

Si éste le había oído, no se molestó en contestarle. Ni el pasajero en volver a preguntar. Estaba demasiado cansado. Apoyó la frente en el cristal y cerró los ojos para relajarse un poco. Necesitaba dormir, pero no quería hacerlo. Llevaba demasiadas noches despertándose envuelto en sudor después de haber tenido una y otra vez la misma pesadilla.

Abrió de nuevo los ojos justo a tiempo de ver una sombra que engullía al coche. Ahogó un grito y se lanzó hacia atrás. Miles de insectos —millones de ellos— pasaron por encima con un zumbido ensordecedor. Algunos se estrellaron contra la carrocería y el cristal en el que había apoyado su cabeza. Ruidos sordos y breves. Pequeñas detonaciones de pequeños cuerpos destrozándose, mientras el grueso del enjambre desaparecía por el lado contrario del vehículo entre los troncos putrefactos.

—No se preocupe —habló el conductor sin

que le preguntara—. Es normal por aquí en esta época del año.

Al poco, un guardián se acercó por fin para abrir la verja. Muy oportuno. ¿Qué habría ocurrido si llega a hacerlo un minuto antes? El conductor le saludó con un movimiento de cabeza y el coche continuó hacia el interior. Era un espacio rodeado por una tapia, con un cuidado jardín al fondo del cual empezaba a distinguirse un gran edificio cubierto en parte por las copas de los árboles. Alargado, antiguo, de ladrillo rojo, con techos puntiagudos y una docena de chimeneas, se asemejaba a un extraño castillo. De hecho, lo que más destacaba en él era una torre que sobresalía por encima del tejado. Era circular y estaba coronada por una especie de sombrero de bruja, vetusto y torcido.

El sol lucía sobre el jardín. Parecía más brillante de lo normal después de haber atravesado la oscuridad del bosque. El automóvil llegó hasta la entrada principal y se detuvo. Su conductor apagó el motor, descendió y fue hasta la parte de atrás para sacar el equipaje del pasajero. Casi al mismo tiempo, un hombre vestido con pantalones y camisa blancos, de pelo intensamente negro, descendía por la escalera de la entrada principal. Era un enfermero, y aquello una clínica de reposo.

Se quedó quieto junto a la puerta trasera del coche, esperando a que el nuevo paciente la abriera. Al poco se le unió el conductor con las maletas. Ambos cruzaron una mirada extraña. Quizá compasiva. O puede que todo lo contrario.

El pasajero abrió la puerta y sacó uno de sus pies. Lo colocó en el suelo como si fueran de arenas movedizas. Salió muy despacio, con desgana. Su rostro ya no era neutro. Ahora mostraba una honda expresión de tristeza.

—Bienvenido, señor Winger —dijo el hombre de blanco—. Mi nombre es Doug Kerber, enfermero jefe de la clínica.

Jack echó una lenta mirada al edificio y al entorno. Se inclinó para coger sus maletas, pero Kerber se le adelantó y tomó la mayor de ellas.

—Un momento... —dijo el enfermero jefe, agachándose de nuevo para recoger algo del suelo—. Creo que se le ha caído esta moneda.

Se la mostró a Jack en la mano, con la palma extendida. Él la miró y negó con la cabeza.

—No, no creo que sea mía.

—Pues yo diría que sí... Me ha parecido verla caer de uno de sus bolsillos. Tiene que ser suya. En cualquier caso, si le parece bien, se la daremos

al conductor.

Kerber la lanzó al aire. El aludido la cazó al vuelo y se la guardó.

—Bueno —dijo éste, y sonrió al enfermero jefe—, yo me marcho ya. Tengo que recoger a otro paciente. Nunca dejan de llegar.

Tras un gesto de aprobación de Kerber, el hombre montó en el coche y, mientras Jack y el enfermero jefe empezaban a subir por la escalinata, arrancó levantando gravilla con las ruedas.

—Le llevaré a su habitación —dijo Kerber, ya en el umbral de acceso.

El pasillo interior parecía más largo de lo que cabía esperar. Atravesaba todo el edificio desde la puerta principal hasta la trasera, que daba a un jardín mayor que el de la entrada. Seguido de Jack, Kerber caminó por el pasillo hasta más allá de la mitad, donde giró a la derecha y subió dos tramos de anchas escaleras. La clínica era sobria pero agradable, sin llegar a ser acogedora. Arriba, Jack se cruzó con un hombre de mediana edad, bastante entrado en carnes aunque con aspecto ágil. Sus facciones eran duras y estaban contraídas en una expresión de desconfianza. Miró a Jack durante un segundo antes de desviar de nuevo la vista. Él también se lo quedó mirando, sin dejar

de avanzar por un nuevo pasillo jalonado de estrechas puertas blancas.

—Su habitación —dijo el enfermero jefe antes de abrir una de ellas, que se hallaba casi al fondo.

La estancia era amplia y luminosa.

La única ventana, de tres cristales, daba al jardín trasero, con vistas a un lago del que no se distinguía la orilla opuesta. Jack fue hacia ella y miró abajo.

—¿Qué le parece? —le preguntó Kerber, mientras dejaba la maleta sobre el aparador de la entrada.

Jack no contestó. Seguía contemplando el paisaje a través de la ventana, con el mismo gesto neutro de antes.

El día era esplendoroso. Algunos pacientes paseaban bajo el sol del final de la tarde. El jardín poseía un césped impecable, salpicado de árboles frutales, caminos encuadrados en setos y bancos de piedra. En una encrucijada había una fuente de mármol, cerca del comienzo del bosque. A un lado, un gran lago se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

...Desde la ventana de su habitación, a la que lo había conducido el enfermero jefe Kerber, Jack seguía contemplando como hipnotizado el jardín y el lago de la parte trasera de la clínica. En ese momento, sonó otra voz a la espalda de Jack. Era grave y profunda, bien modulada. Serena.

—Veo que ya se está instalando.

Jack se volvió hacia la voz y ésta se materializó en un hombre mayor, aunque de edad indeterminada. Tenía un aire elegante y enérgico, y llevaba un bastón que no parecía necesitar en absoluto. El hombre le dedicó una gran sonrisa, aunque había en sus ojos algo inquietante. Jack bajó la mirada en una especie de triste gesto de asentimiento.

—Soy el doctor Ezra Engels. Estoy encantado de tenerle con nosotros. —Se colocó junto a Jack y se puso también a contemplar la vista—. ¿Le agrada nuestro jardín? Acompañeme, por favor. Se lo mostraré yo mismo. Puedes retirarte, Kerber.

El enfermero jefe asintió y los dejó a solas. Por alguna razón, tampoco él miraba a Engels a los ojos. Jack no tenía ningún interés en visitar el jardín, pero se sintió incapaz de negarse a ir con el doctor.

La puerta trasera de la clínica daba a una escalinata de granito, que se hacía más amplia a medi-

da que bajaba. Sus laterales exhibían una sinuosa barandilla de hierro rematada por tres cabezas de animales con los cuellos entrelazados: una pante-ra, un león y un lobo.

Jack y el doctor empezaron a caminar por el sendero. Llevaba hasta la fuente de estilo barroco, similar a las de los antiguos palacios europeos.

—He estado revisando su historial clínico, señor Winger. ¿O puedo llamarle Jack?

—Puede llamarme como quiera.

Él no recordaba llamarse «Jack» ni de ningún otro modo. Simplemente le habían dicho en el hospital que ése era su nombre, y Winger su apellido.

—Créame, Jack, dadas las circunstancias, éste es el lugar más adecuado para finalizar su... recuperación. Su cuerpo ya se ha restablecido por completo del terrible accidente que sufrió, pero ahora hay que ocuparse de su mente. El reposo, la tranquilidad y este entorno le ayudarán a recobrar la memoria. La amnesia no suele ser permanente en estos casos. Le aseguro que tengo tanto interés en su sanación como usted mismo.

El accidente. Ése era otro gran hueco entre los recuerdos de Jack. Varios médicos y miembros del hospital se habían referido a él en numerosas

ocasiones, aunque ninguno fue capaz de explicarle qué le había ocurrido ni en qué consistió ese accidente tan terrible. La expresión de Jack se convirtió ahora en un gesto hostil.

—¿Por qué nadie quiere contarme lo que pasó?

Supo al instante que el doctor Engels tampoco tenía intenciones de hacerlo.

—Debemos permitir que su memoria regrese poco a poco y por sí misma. De lo contrario, el impacto emocional sería excesivo.

—¿Excesivo? No sé quién soy, ¿entiende? ¿Qué puede haber peor que eso? Y por lo que me han dicho, debo de estar solo en el mundo. No he recibido ni una visita en el hospital. Ni de un amigo siquiera. No le importo a nadie una mierda.

Se dio cuenta de que había dicho eso último en voz demasiado alta. Algunos de los pacientes que paseaban por el jardín se volvieron hacia él. La mayoría con curiosidad; otros con un gesto difícil de descifrar. Era el caso del hombre con el que se había cruzado antes en la escalera. A Jack le pareció ver que miraba en su dirección antes de darse bruscamente la vuelta y desaparecer con paso acelerado.

—Tenga paciencia, Jack —le oyó decir a Engels—. Todo llegará a su debido tiempo. Siempre

es así.

—Lo que usted diga.

La hostilidad de Jack se desinfló igual de rápido que había surgido. Le dolía la cabeza. Se restregó los ojos con las manos y, al abrirlos, se fijó en una joven sentada a un par de bancos de distancia. Tendría poco más de veinte años y la mirada clavada en él. La desvió enseguida, en cuanto notó que Jack también la miraba. Levantó la cabeza hacia el cielo y se puso a girar una flor entre sus dedos. El cabello castaño oscuro le caía sobre los hombros, dejando entrever un cuello delgado y muy blanco. Era preciosa.

—¿Quién es? —dijo Jack.

El doctor Engels sonrió. Aunque su sonrisa parecía más bien una mueca.

—Julia. Julia Beatrice Cavendish, otra de nuestras pacientes. Es un caso muy difícil, que está requiriendo un esfuerzo especial por mi parte. Creo que en cierta medida se niega a recordar. Son los casos más complicados... cuando no son capaces de perdonarse a sí mismos. —El doctor dijo esto con aire pensativo—. Aunque, al final, acabará haciéndolo. Comprendo que se sienta desorientado, Jack. Recuerde que no está solo. Todos los huéspedes de la clínica se encuentran en su

misma situación.

—¿Todos tienen amnesia?

—Así es. Amnesia severa, fruto de traumas o de accidentes como el de usted. Pero créame: todos ellos, antes o después, acaban recobrando sus recuerdos y saliendo de la clínica para seguir su destino. No pierda la esperanza.

Las palabras de Engels eran ciertamente esperanzadoras, pero no sonaban así. Más bien todo lo contrario. Eran como su sonrisa, en la que no había la menor alegría, por más afables que fueran los gestos que la acompañaran. Como para darle a Jack la razón, el doctor sonrió de nuevo con su inquietante mueca. Luego hizo una señal con la mano a uno de los enfermeros, que se acercó a toda prisa y le saludó con un reverencial movimiento de cabeza. Más que un médico, Engels parecía un señor feudal al que sus siervos no osaban mirar a la cara.

—Él le enseñará el resto de las instalaciones —dijo a Jack—. Espero que me disculpe, pero debo seguir con mi trabajo. Por el bien de esta comunidad, no puedo descuidarlo.

Con el enfermero a su lado, Jack observó marcharse al médico de regreso al edificio principal de la clínica. Después posó la mirada otra vez sobre

Julia, que seguía con el rostro vuelto hacia lo alto y los ojos cerrados, sin mostrar en ningún momento que hubiera notado su presencia.

—Si es tan amable de acompañarme... —dijo el enfermero.

Jack fue siguiéndole, un paso por detrás, hacia la laguna. Al final del terreno había un embarcadero de madera, con un malecón que bordeaba la orilla y un saliente hacia las aguas. Aunque allí no se veía ninguna embarcación. El sol, ya bajo en el horizonte, provocaba reflejos deslumbrantes en las plácidas ondulaciones del agua. En la orilla, el verde del bosque terminaba de componer un paisaje idílico y relajante.

Parecía la imagen de una postal. Perfecta. Demasiado perfecta, incluso. Jack notaba algo extraño en ese lugar. Una realidad invisible que no conseguía definir. Lo achacó a su propio estado de desorden mental. Y sintió más agudamente que nunca el deseo de recordar, de saber quién era en realidad.

Quién había sido.

...La calle estaba realmente oscura. Su única iluminación llegaba de una lejana farola de luz mortecina. Era época de lluvias. Había estado cayendo agua durante toda la tarde hasta bien entrada la noche. Los charcos cubrían el centro del callejón y reflejaban la escasa luz como si estuvieran plastificados. A ambos lados había contenedores de basura rebosantes, con las tapas medio abiertas. El olor de la humedad se mezclaba con el de la porquería, creando un ambiente denso y opresivo.

La joven se maldecía por haber dado largas a aquel tipo blanco con quien había cenado y tomado unas copas. Estaba claro que lo que quería era llevársela a la cama. Ella se había negado, pero no debió hacerlo. Ahora estaba sola y tenía que ir caminando a lo largo de varias manzanas por aquel barrio, peligroso y desierto, hasta el mísero bloque de apartamentos en que vivía. Trabajaba como camarera y bailarina exótica en un garito de mala muerte de Niamey, la capital de su Níger natal, y no estaba como para gastarse en taxis el poco dinero que ganaba.

Debía haberse ido al hotel de aquel americano, sí. O al menos, dejarle que la llevara a su casa y haberse liado con él. A pesar de su juventud, ya no veía gran diferencia entre acostarse con cualquiera por amor o hacerlo por un poco de dinero. Todos

los hombres eran iguales: le prometían el mundo a cambio de una noche de sexo y luego se olvidaban de ella. Pero, al menos, con los que pagaban, a la mañana siguiente el dinero seguía estando dentro de su bolso.

Notaba la cabeza embotada por el alcohol. Miró hacia el final del callejón, donde la solitaria farola no hacía sino remarcar la oscuridad. Era un lugar lleno de sueños rotos. Como los de ella, aunque se empeñara en pensar que los suyos no estaban rotos aún, que sólo tardarían un poco más en hacerse realidad. Su historia era calcada a la de tantas chicas del interior. Hacía ya un año que escapó de su pequeño poblado para instalarse en la capital, con la intención de convertirse en cantante étnica. Eso estaba muy de moda en los países occidentales ricos. Es lo que se decía. Pero lo único que había conseguido hasta el momento era un trabajo miserable y que todos los extranjeros babosos intentarían aprovecharse de ella.

El éxito tiene que llegar algún día a los que no se dejan vencer, pensó con ánimo. Y se dedicó una sonrisa a sí misma en la soledad de la calle. Se convirtió en una mueca justo antes de desaparecer de sus labios. La arrancó de ellos un ruido a su espalda que la hizo detenerse: el arrastrar de unos pies, un leve chapoteo, una respiración agitada. Fue sólo

un segundo, pero bastó para que un fuerte brazo emergiera de las sombras y la empujara hacia un recodo del callejón. Quiso gritar, pero no pudo. Primero se lo impidió el terror y luego la mano del desconocido. Éste la empujó contra la pared. Su rostro estaba entre las sombras, aunque algo brilló por un instante en su otra mano. Un cuchillo de caza, de hoja ancha y filo en forma de sierra.

Los ojos de la chica estaban muy abiertos, como si fueran a estallarle. Temblaba y el corazón le latía desbocado por el pánico. El pánico incontrollado y amargo que llenó su boca. No le dio tiempo a resistirse. Ni siquiera tuvo la oportunidad. El desconocido le rebanó el cuello, desagarrándolo, antes de tumbarla en el suelo, desnudarla y empezar a aserrarle el pecho.

Mientras la vida se le escapaba, la joven tuvo un último pensamiento para su madre. La vio llorando en su tosca silla de madera de raíz cuando le dijo que se iba de casa para encontrar algo mejor. Antes de que su cuerpo se sumiera en la frialdad gélida de la muerte, se dio cuenta de que su madre lloraba por eso. Porque ella ya nunca cumpliría sus sueños.

La humedad, la luz de la farola, a lo lejos; el aire denso, viciado; la sangre, la calidez del cuerpo de la joven. La sangre, la sangre...

¡La sangre!

Jack se incorporó de un salto en la cama y se quedó de lado, a punto de vomitar sobre el suelo, con el pelo revuelto y empapado en sudor. El calor de la habitación era pegajoso y agobiante. Jadeaba como si hubiera estado corriendo una maratón. Tenía los ojos desorbitados y miraba sin ver en la absoluta oscuridad a su alrededor.

Había albergado la absurda esperanza de que sus pesadillas no se repitieran al llegar a la clínica. Sin embargo, allí estaban la primera noche. Aquélla había sido más vívida y terrible que nunca. Y también más completa. Era igual todas las noches desde que se había despertado en el hospital, después de su misterioso accidente. Aquel asesinato brutal que veía a través de los ojos de esa joven nigerina. Siempre soñaba lo mismo. O, para ser exactos, un fragmento del mismo sueño. Pedazos inconexos de un puzzle onírico que le perturbaba cada vez más y que, por alguna razón, esta noche se había mostrado con mayor claridad.

Jack encendió la luz y cogió un cuaderno de la mesilla que había a un lado de su cama. El doctor Engels le había dicho que anotara sus sueños nada más despertarse. Así no se diluirían en su memoria. Con mano temblorosa, Jack apuntó todo lo que recordaba. Las imágenes y las sensaciones.

Luego lo releyó. Le resultaba incomprendible soñar que era una joven de color a la que alguien asesinaba en un callejón mugriento. ¿Por qué esa mujer? ¿Quién podía ser ella?

—No es nadie —se dijo en voz alta—. Es sólo alguien en un sueño.

No logró convencerse a sí mismo. En su primera sesión de terapia, el doctor Engels tampoco quiso darle una explicación concreta. Le dijo que debía esperar a completar el sueño para poder encontrarla. Evitó hacer conjeturas y se limitó a intentar calmarle, sin conseguirlo.

—Su mente ha perdido la conexión entre sus recuerdos y su conciencia. Pero todo está ahí dentro, dentro de usted, tratando de encontrar una salida. Ese sueño forma parte de un grito de auxilio de su propia mente, que busca el modo de, si me permite la expresión, «ver la luz».

—¿No podría darme alguna medicina para dormir mejor?

—Podría, pero no es aconsejable. Como le digo, sus pesadillas forman parte de una estrategia inconsciente de su psique para recobrar la memoria. Administrarle medicamentos supondría un grave error. Sería como soterrarlas por medio de la química.

—Pero...

—Hágame caso, Jack. Es por su bien. Sólo por su bien.